

# EICHMANN EN JERUSALÉN

HANNAH ARENDT

La primera edición del libro de Hannah Arendt (1906-1975), *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil* [hay edición española: DeBolsillo, 2006], lleva la fecha de mayo de 1963. La revista *The New Yorker* había publicado en sus números de febrero y marzo de ese mismo año el reportaje encargado a la autora sobre el juicio abierto en Jerusalén, el 11 de abril de 1961, contra Adolf Eichmann por sus responsabilidades en el holocausto judío. La condena a muerte del procesado se ejecutaría el 31 de mayo de 1962 por ahorcamiento. El reportaje convertido luego en libro de Hannah Arendt provocó el airado rechazo de un sector de la comunidad judía a causa de su mención a la colaboración con los nazis de los comités judíos (*Judenräte*) de Alemania y de los países ocupados por su ejército.

Aquí se incluyen las respuestas de la autora a dos cartas referidas a esta polémica.

1. Gershom (o Gerhard) Scholem y Arendt eran viejos conocidos, entre otras cosas por su mutua amistad con Walter Benjamin. Scholem contribuyó a la controversia, con un tono algo más temperamental de lo habitual, cuando escribió a Arendt el 23 de junio de 1963. En su carta puso en entredicho el pasado político-intelectual alemán de Arendt, así como su identidad judía, sugiriendo que ella carecía de "amor hacia el pueblo judío".

También puso en cuestión el derecho de Arendt a juzgar acontecimientos en los que no estuvo presente, especialmente el comportamiento de los *Judenräte* ("Tampoco pretendo juzgar. Yo no estaba allí"). La acusa de hacer una "burla" del sionismo, y de no servirse más que de una "frase hecha" o un "eslogan" en su "resis" sobre la banalidad del mal. [Nueva York, 24 de julio de 1963.]

2. El 19 de septiembre de 1963 Hannah Arendt recibió una carta de Samuel Grafton, en la que éste afirmaba que la revista *Look* le había encargado "realizar un estudio sobre la reacción enormemente interesante provocada por su libro, *Eichmann in Jerusalem*. Él seguía diciendo que esperaba que "fuese tan amable de atender a unas preguntas escritas por mí, con la idea de que éstas pudiesen culminar en una entrevista con usted", añadiendo que no debiera considerar sus preguntas "de ninguna manera como un empeño inquisitorial". Por lo que se sabe, la entrevista no tuvo lugar, y nunca apareció ningún artículo en *Look*. Sin embargo, al día siguiente, el 20 de septiembre, Arendt escribió a Grafton diciéndole lo siguiente: "Gracias por su carta. Estoy perfectamente dispuesta a responder a todas sus preguntas, incluyendo el curioso bulo acerca de mi 'conversión al catolicismo'".

(N. de la R.)

## 1. CARTA A GERHARD SCHOLEM

Querido Gerhard:

Encontré tu carta al regresar, hace una semana. Tú ya sabes qué es eso de estar fuera cinco meses. Te escribo aprovechando el primer momento de tranquilidad que he tenido; de ahí que mi respuesta no sea tan elaborada como seguramente debiera.

Hay ciertas afirmaciones en tu carta que no se prestan a controversia alguna, porque son simplemente falsas. Permíteme que me ocupe primero de ellas para que podamos pasar luego a los temas que merecen discusión.

● Yo no soy uno de los "intelectuales procedentes de la izquierda alemana". Tú no podías saber eso, pues no nos conocimos cuando éramos jóvenes. Es ése un hecho del que no estoy en absoluto orgullosa y que tengo cierto reparo en destacar, especialmente después de haber vivido la era McCarthy en este país. Yo llegué tarde a comprender la importancia de Marx porque cuando era joven no me interesaba por la historia ni por la política. Si puede decirse que "vengo de alguna parte", es de la tradición de la filosofía alemana.

● En lo que respecta a otra de tus afirmaciones, no puedo, por desgracia, decir que no podías conocer los

hechos. Encuentro chocante que hayas de escribir: "te veo desde todos los puntos de vista como una hija de nuestro pueblo, y no de otro modo". La verdad es que yo nunca he pretendido ser otra cosa ni ser de otra manera distinta de como soy, y nunca he sentido la más mínima tentación en ese sentido. Sería como haber dicho que yo era un hombre y no una mujer, es decir, una insensatez. Sé, por supuesto, que hay un "problema judío" incluso en ese nivel, pero nunca ha sido mi problema, ni siquiera en mi infancia. Siempre he considerado mi condición judía como uno de los datos incontrovertibles de mi vida, y acerca de tales facticidades nunca he

deseado cambiar nada ni rechazar nada. Existe una cosa tal como la gratitud fundamental por todo aquello que es como es; por lo que nos es *dado* y que no *hemos hecho*, ni puede ser hecho; por las cosas que son *phy sei* y no *nomō*\*. Desde luego, semejante actitud es prepolítica, pero en circunstancias excepcionales —como las que han rodeado la política judía— es inevitable que tenga también consecuencias políticas aunque, por así decir, de manera negativa. Esta actitud hace imposibles ciertos tipos de conductas, a saber, precisamente aquellos que tú

\* En griego, respectivamente, "por naturaleza" y "por convención". (N. del T.)

has decidido ver en mis consideraciones. (Por poner otro ejemplo: en su obituario de Kurt Blumenfeld, Ben Gurion se lamentaba de que Blumenfeld no hubiera visto la conveniencia de cambiarse el nombre cuando se fue a vivir a Israel. ¿No es evidente acaso que si no lo hizo fue exactamente por las mismas razones que lo habían impulsado en su juventud a hacerse sionista?) Mi posición en estos temas debe sin duda haberte resultado conocida, y no llego a comprender por qué has de querer endosarme una etiqueta que nunca me cuadró en el pasado ni me cuadra ahora.

● Por venir ya a lo importante: permíteme que empiece, siguiendo con lo que acabo de decir, por lo que tú llamas “amor al pueblo judío”, o *Ahabath Israel*. (Por cierto, te agradecería mucho que me dijeras desde cuándo ese concepto ha desempeñado un papel en el judaísmo, cuándo se usó por primera vez en la lengua y la literatura hebreas, etc.) Tienes bastante razón: yo no me siento movida por ningún “amor” de esa clase, y ello por dos razones: yo nunca en mi vida he “amado” a ningún pueblo ni colectivo, ni al pueblo alemán, ni al francés, ni al estadounidense, ni a la clase

obrero, ni a nada semejante. En efecto, sólo “amo” a mis amigos y el único género de amor que conozco y en el que creo es el amor a las personas. En segundo lugar, ese “amor a los judíos” me resultaría, puesto que yo misma soy judía, algo más bien sospechoso. Yo no puedo amarme a mí misma ni a cosa alguna de la que sé que es miembro y parte de mi persona. Para aclarar esto, permíteme que te cuente una conversación que tuve en Israel con una destacada personalidad política que defendía la —en mi opinión, desastrosa— vinculación entre la religión y el Estado en Israel. Lo que decía —no recuerdo con seguridad sus palabras exactas— sonaba más o menos así: “Comprenderás que, como socialista, yo desde luego no creo en Dios; creo en el pueblo judío”. Esto me parecía una afirmación desconcertante y tan desconcertada me dejó que no respondí en aquel momento. Pero podría haber respondido: la grandeza de este pueblo consistió una vez en que creía en Dios y creía en Él de tal manera que su confianza y su amor hacia Él era mayor que su temor. ¿Y ahora este pueblo sólo cree en sí mismo? ¿Qué provecho cabe esperar de ello? Pues bien, en ese sentido yo no “amo” a los

judíos ni “creo” en ellos; simplemente, formo parte de ellos como algo evidente, que está más allá de toda discusión.

● Podríamos examinar el mismo asunto en términos políticos; en tal caso nos guiaremos por consideraciones patrióticas. Que no puede haber patriotismo sin una oposición y una crítica permanentes es algo en lo que sin duda estamos de acuerdo. Pero puedo concederte algo más que eso, a saber, que el daño causado por mi propio pueblo me aflige, naturalmente, más que el daño causado por otros pueblos. Esa aflicción, con todo, no es algo que haya que exhibir, aun cuando debe ser la motivación más profunda de ciertas acciones y actitudes. En términos generales, el papel del “corazón” en política me parece totalmente discutible. Sabes tan bien como yo cuán a menudo los que se limitan a informar de ciertos hechos desagradables son acusados de falta de sensibilidad, de falta de corazón o de falta de lo que tú llamas *Herzenstakt*. Los dos sabemos, en otras palabras, cuán a menudo esas emociones se utilizan para ocultar la verdad de los hechos. No puedo examinar aquí lo que ocurre cuando las emociones se exhiben en público y se

convierten en un factor político; pero es éste un tema importante y he intentado describir sus desastrosos resultados en mi libro *Sobre la revolución*, al estudiar el papel de la compasión en la formación del carácter revolucionario.

● Es una pena que no leyeras el libro *Eichman en Jerusalén* antes de que la actual campaña de tergiversación contra él se pusiera en marcha atizada por los poderes fácticos judíos en Israel y en Estados Unidos. Hay, por desgracia, muy pocas personas capaces de resistir la influencia de semejante campaña. Me parece altamente improbable que sin haber sido influido hubieras podido interpretar erróneamente ciertas afirmaciones. La opinión pública, especialmente cuando ha sido cuidadosamente manipulada, como en este caso, es muy poderosa. Así, por ejemplo, yo nunca he dado a entender que Eichmann fuera un “sionista”. Si se te ha pasado por alto la ironía de la frase —que estaba formulada claramente en *oratio obliqua*, reproduciendo las propias palabras de Eichmann—, no es culpa mía. Sólo puedo asegurarte que nadie, entre las docenas de personas que leyeron el libro antes de su publicación, tuvo duda alguna so-

bre el asunto. Además, yo nunca pregunté por qué los judíos "se dejaron matar". Por el contrario, acusé a Hausner de haber hecho esa pregunta a un testigo tras otro. No hubo ningún pueblo, ningún grupo en Europa que reaccionara de manera diferente bajo la inmediata presión del terror. La pregunta que formulé fue la de la cooperación de funcionarios judíos durante la "Solución Final", y esa pregunta resulta tan incómoda porque uno no puede pretender que fueran traidores. (También hubo traidores, pero eso no hace al caso.) En otras palabras, hasta 1939 e incluso hasta 1941 cualquier cosa que hicieran o dejaran de hacer funcionarios judíos es comprensible y excusable. Sólo más tarde empieza a resultar altamente problemático. Esta cuestión surgió durante el juicio y era, por supuesto, mi obligación informar de ello. Ello constituye nuestra parte en el llamado "pasado no digerido" y, aunque puede ser que tengas razón al decir que es demasiado pronto para hacer un "juicio equilibrado" (cosa, de todos modos, que yo pongo en duda), creo que sólo nos reconciliaremos con ese pasado si empezamos a juzgarlo y a ser francos al respecto.

● He dejado clara mi posición y, sin embargo, es obvio que tú no la entendiste. Dije que no había posibilidad alguna de resistencia, pero existía la posibilidad de *no hacer nada*. Y para eso uno no tiene necesidad de ser un santo, sino sólo de decir: "No soy más que un simple judío y no tengo ganas de desempeñar ningún otro papel". Que esas perso-

nas o algunas de ellas merecieran o no la horca, como tú señalas, es una cuestión completamente diferente. Lo que tiene que ser examinado no son tanto las personas como los argumentos con los que se justifican a sí mismas a sus propios ojos y a los de los demás. Sobre esos argumentos tenemos derecho a juzgar. Más aún, no hemos de olvidar que nos estamos ocupando aquí de unas condiciones que fueron ciertamente terribles y desesperadas, pero que no fueron las condiciones de los campos de concentración. Las decisiones a que nos referimos se tomaron en una atmósfera de terror, pero no bajo la presión y el impacto inmediatos del terror. Son éstas unas diferencias de grado importantes, que todo estudioso del totalitarismo debe conocer y tener en cuenta. Esas personas tenían una cierta, aunque limitada, libertad de decisión y de acción. De la misma manera que los asesinos de las SS poseían también, tal como sabemos ahora, un limitado abanico de alternativas. Podían decir: "Deseo ser relevado de mis deberes de ejecutor", y nada les sucedía. Como en política tratamos con hombres y no con héroes ni con santos, es esta posibilidad de *no participación* (Kirchheimer) la que resulta decisiva si nos ponemos a juzgar, no el sistema, sino al individuo, sus opciones y sus argumentos.

● Y el juicio de Eichmann era el juicio de un individuo. En mi reportaje he hablado únicamente de cosas que acaecieron durante el juicio mismo. Ésa es la razón por la que no pude mencionar a los "santos" de los que

hablas. En vez de eso hube de limitarme a los luchadores de la resistencia cuyo comportamiento, como he dicho, era tanto más admirable cuanto que se produjo en circunstancias en las que la resistencia había dejado realmente de ser posible. No había santos entre los testigos de la acusación, pero hubo un ser humano absolutamente puro, el viejo Grynspan, cuyo testimonio referí con cierto detalle. Del lado alemán, después de todo, uno podía haber mencionado también algunos casos además del caso del sargento Schmidt. Pero como fue el único caso mencionado en el juicio, hube de ceñirme a él.

● Que la distinción entre víctimas y perseguidores era deliberada y calculadamente difuminada en los campos de concentración es algo bien conocido y, al igual que otros, he insistido en este aspecto de los métodos totalitarios. Pero repito: no es eso lo que yo entiendo por una parte judía de culpa, o por el total desmoronamiento de las normas. Esto formaba parte del sistema y de hecho no tenía nada que ver con los judíos.

● Resultaría para mí un misterio impenetrable que hayas podido creer que mi libro es "una burla del sionismo" si no supiera que muchas personas pertenecientes a círculos sionistas se han vuelto incapaces de escuchar las opiniones o argumentos que se apartan del camino trillado y no concuerdan con su ideología. Hay excepciones, y un amigo mío sionista observó con total franqueza que el libro, especialmente el último capítulo (reconocimiento de la

competencia del tribunal, justificación del secuestro), era muy pro Israel, como en realidad es. Lo que te confunde es que mis argumentos y mi enfoque difieren de aquello a lo que estás acostumbrado; en otras palabras, el problema es que soy independiente. Pero esto significa, por otro lado, que no pertenezco a ninguna organización y que siempre hablo exclusivamente en nombre propio; y, por otro lado, que tengo gran confianza en el *selbstdenken*\* de Lessing, al que, según pienso, no puede sustituir ninguna ideología, ninguna opinión pública ni ninguna clase de "convicciones". Sean cuales sean las objeciones que pongas a los resultados, no los entenderás mientras no te des cuenta de que en realidad son míos y de nadie más.

● Lamento que no argumentaras tu posición contra la ejecución de la sentencia de muerte, porque creo que al discutir esa cuestión podríamos haber avanzado algo en la búsqueda de dónde radican nuestras diferencias más fundamentales. Hablas de "falsedad histórica", y yo me siento muy incómoda viendo cómo se invoca en este contexto el espectro de la Historia. En mi opinión, era *política y jurídicamente* (y esto es, de hecho, lo único que contaba) correcto, y no sólo correcto, ejecutar la sentencia: no hacerlo habría sido totalmente imposible. La única manera de evitarlo habría sido aceptar la sugerencia de Karl Jaspers y entregar a Eichmann a las Naciones Unidas. Nadie quería eso y probablemente no era

\* "Pensar por sí mismo". (N. del T.)

factible; por tanto, no quedaba otra alternativa más que ahorcarlo. La clemencia quedaba excluida, no por razones jurídicas —el perdón, en todo caso, no es una prerrogativa del sistema jurídico—, sino porque la clemencia se aplica sólo a la persona, no a los hechos; el acto de clemencia no olvida el asesinato pero perdona al asesino en la medida en que éste, como persona, puede estar por encima de cualesquiera actos que haya cometido. Tal no era el caso de Eichmann. Y perdonarle la vida sin perdonarle era imposible por razones jurídicas.

● En conclusión, permíteme referirme al único asunto en que no me has interpretado mal y que me agrada que hayas planteado. Tienes mucha razón: he cambiado de opinión y no hablo ya de “mal radical”. Hace mucho tiempo que no nos vemos, de lo contrario seguramente habríamos hablado antes del asunto. (De paso te diré que no entiendo por qué calificas mi expresión “banalidad del mal” de consigna o eslogan. Por lo que sé, nadie ha utilizado esa expresión antes que yo; pero eso carece de importancia.) Ahora, en efecto, opino que el mal no es nunca “radical”, que sólo es extremo, y que carece de toda profundidad y de cualquier dimensión demoníaca. Puede crecer desmesuradamente y reducir todo el mundo a escombros precisamente porque se extiende como un hongo por la superficie. Es un “desafío al pensamiento”, como dije, porque el pensamiento trata de alcanzar una cierta profundidad, ir a las raíces y, en el momento mismo en que

se ocupa del mal, se siente decepcionado porque no encuentra nada. Eso es la “banalidad”. Sólo el bien tiene profundidad y puede ser radical. Pero éste no es el lugar para tratar estos temas a fondo; tengo la intención de desarrollarlos más en un contexto diferente. Eichmann puede muy bien seguir siendo el modelo concreto de lo que he de decir.

● Propones publicar tu carta y me preguntas si tengo alguna objeción al respecto. Mi criterio sería no reformular la carta en tercera persona. El valor de esta controversia radica en su carácter epistolar, es decir, en el hecho de dar forma a una amistad personal. Por consiguiente, si tú estás dispuesto a publicar mi respuesta a la vez que tu carta, no tengo, por supuesto, nada que objetar.

## 2.

### CARTA A SAMUEL GRAFTON

Déjeme comenzar respondiendo a una pregunta que usted no ha hecho: ¿Por qué yo, una escritora y profesora de Filosofía Política que nunca había trabajado como reportera\*, quise ir a Jerusalén con motivo del juicio contra Eichmann? Aparte de la respuesta obvia, que indiqué en el libro cuando me incluí a mí misma entre el público, no de los reporteros y periodistas, sino de los “supervivientes” (“inmigrantes de Eu-

\* Arendt había escrito anteriormente artículos para periódicos —por ejemplo, los de *Aufbau* incluidos en este volumen—, pero ésta era la primera vez que ella había recibido el encargo (por *The New Yorker*) de cubrir un suceso específico. (N. del ed.).

ropa como yo misma, que sabían muy bien todo lo que había que saber”), tenía tres razones:

● En primer lugar, quería ver a uno de los principales acusados en carne y hueso, con mis propios ojos. Cuando, hace muchos años, describí el sistema totalitario y analicé la mentalidad totalitaria, tuve que enfrentarme siempre con un “tipo” más que con individuos, y si se mira al sistema como un todo, cada persona individual, en efecto, queda transformada en “un engranaje grande o pequeño” en la maquinaria del terror. La gran ventaja de un proceso judicial es que inevitablemente nos pone delante a una persona y una culpa personal, con motivaciones y decisiones individuales, con particulares que en otro contexto, el contexto de la teoría, no son relevantes. En otras palabras, deseaba saber lo siguiente: quién era Eichmann y cuáles fueron sus actos. No en tanto que sus crímenes fuesen parte del sistema nazi, sino en cuanto que él era un agente libre. Ésta es esencialmente la misma pregunta que un tribunal de justicia debe responder cuando emite un juicio. Y es por esta razón que toda la teoría del pequeño engranaje (la teoría de la defensa) resulta bastante irrelevante en dicho contexto.

● En segundo lugar, existe una teoría bastante extendida, a la que yo también he contribuido, según la cual tales crímenes desafían la posibilidad del juicio humano y hacen explotar el marco legal de nuestras instituciones jurídicas. Y dicho argumento es puesto a menudo en conexión con las nociones bastante comunes acerca de las incerti-

dumbres de la “justicia política”, con las dificultades relativas a juzgar crímenes cometidos por un Estado soberano o con la “difícil posición” de un soldado que puede verse en la situación de “ser fusilado por un consejo de guerra si desobedece una orden y de ser ahorcado por un juez y un jurado si la obedece” (Dicey, *Law of the Constitution*). Finalmente, está la cuestión más importante jurídicamente: ¿en qué medida conocía el acusado que estaba obrando mal cuando cometía sus actos? Esta pregunta, como probablemente usted sabe, ha desempeñado un papel decisivo en muchos juicios a criminales de guerra en Alemania. En resumen, los hechos del caso eran tales que no existía un “crimen ordinario” ni un “criminal común”, pero al mismo tiempo esto “no debía querer decir de ningún modo que aquel que ha asesinado a millones deba por esa misma razón escapar al castigo”. Lo que pretendía averiguar era lo siguiente: ¿cuáles son las posibilidades de establecer justicia mediante nuestras instituciones y nuestro sistema legal cuando nos enfrentamos con este nuevo tipo de crimen y de criminal?

● En tercer lugar, durante muchos años o, siendo más específicos, durante treinta años, he estado pensando acerca de la naturaleza del mal, y el deseo de enfrentarme no a los hechos —que, después de todo, eran bien conocidos— sino al propio malvado, probablemente fue el motivo más poderoso en mi decisión de ir a Jerusalén.

Permítame ahora que conteste a sus preguntas. Ciertamente estoy de acuerdo con usted en que la reacción a mi libro "constituye en sí misma un importante fenómeno político", pero confío en que entienda que, al margen de las incomodidades que dicha reacción me ha ocasionado, sin duda es de una importancia secundaria para mí.

1. *¿Siente usted que las reacciones a su libro arrojan alguna luz nueva sobre las tensiones dentro de la vida judía y de la política de hoy? De ser así, ¿qué se ha revelado?*

1. No poseo una respuesta definitiva a su primera pregunta: ¿arrojan estas reacciones alguna luz nueva sobre la vida judía y la política, y qué se ha revelado? Mi impresión es que, sin pretenderlo, he puesto el dedo sobre la cuestión judía que los alemanes denominan "su pasado no digerido" (*die unbewältigte Vergangenheit*). Me parece ahora que esta cuestión debía de algún modo surgir tarde o temprano, y que mi reportaje la cristalizó ante los ojos de aquellos que no leen libros voluminosos (el de Hilberg\*, por ejemplo) y, quizá, también aceleró su acceso a la discusión pública. Esta impresión es apoyada por una carta fechada el 7 de marzo de 1963 del doctor Siegfried Moses, ex interventor del Estado de Israel, presidente del Instituto Leo Baeck y

\* Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Chicago, 1961 (trad. cast.: *La destrucción de los judíos europeos*, Akal, Madrid, 2005); citado por Arendt frecuentemente en *Eichmann en Jerusalén*. (N. del ed.).

también, según creo, del Consejo de Judíos de Alemania. Él escribe lo siguiente: "Vine a Nueva York con el borrador de una declaración que iba a ser publicada por el Consejo de Judíos de Alemania. Su propósito era atacar la presentación ofrecida por el libro de Hilberg y los artículos publicados por Bettelheim. Ahora [es decir, tras la publicación de mis artículos en *The New Yorker*], la defensa del consejo debe oponerse primordialmente a sus artículos". (La carta está escrita en alemán; la he traducido. Por supuesto, usted puede consultar el original. Tras la recepción de la carta mantuve una larga conversación con el doctor Moses en Basilea. Si lo desea, puedo hablarle sobre ello; no me parece relevante en el marco de sus preguntas.)

2. *¿Cuáles diría usted que son las causas reales de la reacción violenta a su libro por parte de aquellos que lo han atacado?*

2. Ya he indicado una de las causas reales de la violenta reacción contra mi libro. Otra causa importante parece ser que la gente se halla bajo la impresión de que yo atacué a la clase dirigente judía, no solamente porque aireé el papel de los Consejos Judíos durante la Solución Final, sino además porque señalé (tal y como Hilberg ya había hecho) que los miembros de estos consejos no eran simplemente "traidores". En otras palabras, puesto que el juicio había tocado el tema del papel de los líderes judíos durante la Solución Final, y yo había informado sobre

tales incidentes, todas las organizaciones judías actuales creyeron que estaban siendo atacadas. Lo que entonces tuvo lugar, en mi opinión, fue el intento concertado y organizado de crear una "imagen" y de ponerla en el lugar del libro que yo había escrito. Algo muy similar parece haber sucedido en reacción a la obra teatral, de Hochhuth, *Der Stellvertreter*\*\* , que pone en cuestión la política del Vaticano con respecto al sistema nazi. La cuestión que Hochhuth suscita es muy simple: ¿por qué Pacelli nunca protestó públicamente, primero contra la persecución y finalmente contra el asesinato en masa de los judíos? Nadie puso nunca en tela de juicio que el Papa conociese todos los detalles. Así, *L'Osservatore Romano* escribió lo siguiente: "Si la tesis de Hochhuth es correcta entonces se sigue que los responsables de Auschwitz, Dachau, Buchenwald, Mauthausen y de todos los demás crímenes no fueron ni el propio Hitler, ni Eichmann, ni las SS... sino el papa Pío". Por supuesto, esto no es más que un sinsentido, y Hochhuth nunca afirmó nada parecido. Pero sirvió para un propósito importante: se había creado una "imagen" a expensas del asunto real; en este momento lo que se discute por extenso es esa *imagen*, y Hochhuth se ve en la absurda posición de tener que defenderse a sí mismo de cosas que nunca ha dicho. Tales distorsiones premedita-

\*\* Existe traducción castellana: *El vicario*, Grijalbo, Barcelona, 1977. (N. del T.).

das y completas falsificaciones pueden resultar efectivas si se organizan y son masivas. El autor que está siendo atacado poco más puede hacer que decir con Anatole France: "Si se me acusa de haber robado las torres de Notre Dame, abandono el país". (Sobre el asunto de Hochhuth, véase *Mercur*, nº 186, agosto de 1963, págs. 812 y sigs.).

3. *A la vista de esa reacción, ¿cambiaría usted algo si tuviese que comenzar a escribir el libro de nuevo? No me refiero a un intento por reconciliarse con la oposición; más bien, quiero decir que si acaso esa reacción ha indicado a usted una susceptibilidad por parte de algunos judíos que le haya sorprendido y que ahora desearía tomar en consideración.*

3. No me pilló por sorpresa la "susceptibilidad de algunos judíos" y, puesto que yo misma soy judía, creo que tengo toda la razón para no alarmarme por ello; creo que va en contra del honor de nuestra profesión —un escritor que busca la verdad— tomar tales cosas en consideración. Sin embargo, la violencia y, especialmente, la unanimidad de la opinión pública entre los judíos organizados (hay muy pocas excepciones) efectivamente me ha sorprendido. Mi conclusión es que no solamente he herido "sensibilidades", sino también intereses creados, y esto es algo que yo desconocía con anterioridad.

Pero existe otro aspecto en este asunto, y al objeto de discutirlo debo referirle a mi libro *Sobre la revolución* (algo que odio hacer pero

que resulta inevitable). En la página 227 y siguientes\* (así como en otros lugares) yo hablo de la importancia política de la opinión pública, que, desde mi punto de vista, se halla en oposición al verdadero espíritu público. Recojo allí las opiniones de los Padres Fundadores y digo: "La democracia [...] fue aborrecida debido a que pretendía que prevaleciera la opinión pública sobre el espíritu público, siendo expresión de esta perversión la unanimidad de la ciudadanía: 'Cuando los hombres ejercen su razón serena y libremente en torno a un cierto número de problemas diversos, es inevitable que surjan diferentes opiniones sobre alguno de ellos. Cuando son gobernados por una pasión común, sus opiniones, si se pueden llamar así, serán idénticas' (James Madison, *The Federalist Papers*, nº 50)".

Digo que existe una "decisiva incompatibilidad entre el gobierno de una 'opinión pública' sostenida de modo unánime y la libertad de opinión", pues "el gobierno de la opinión pública pone en peligro incluso la opinión de esos pocos que puedan tener la fuerza para no compartirla [...] Ésta es la razón por la que los Padres Fundadores tendían a equiparar el gobierno fundado en la opinión pública con la tiranía". La cuestión es que "las opiniones nunca pertenecen a grupos, sino exclusivamente a individuos, quienes 'ejercen su razón serena y libremente', y ninguna multitud, ya sea la multitud de una

parte o de toda la sociedad, será nunca capaz de formar una opinión". Los grupos de interés forman pseudoopiniones, y si tales grupos, por cualesquiera razones, acertadas o equivocadas, se sienten amenazados, intentarán dejar fuera de su comunidad a las personas "independientes", que no pertenecen a ninguna organización, a fin de poder decir: estas personas, lejos de ser independientes, solamente hablan en nombre de otros intereses. Las numerosas patrañas que ahora se están difundiendo entre los círculos judíos —que estoy a punto de convertirme al catolicismo (su pregunta número 13), o que ahora soy miembro del Consejo de Estados Unidos para el Judaísmo, o que soy una "antisemita que se autodesprecia", etc.— constituyen mecanismos bien conocidos de tales campañas políticas.

Por tanto, su tercera pregunta me parece que está ligeramente equivocada. Solamente puedo preguntar a mí misma: ¿podría yo, a la luz de esta campaña política, cambiar algo? La respuesta es: mi única alternativa habría sido permanecer completamente en silencio; una vez que me puse a escribir, estaba obligada a contar la verdad tal y como yo la veía. No era consciente de los peligros. ¿Habría eludido estos asuntos de haberlo sabido? Esta pregunta me parece muy real. Yo no estoy metida en política, y ni quiero ni puedo enfrentarme a la situación que ha surgido; interfiere muy seriamente con mi trabajo, y la publicidad ligada a ello constituye para mí y para mi modo de vida un estorbo de primer orden. Con todo, debido a

la naturaleza de mi trabajo y a la tarea que me he marcado —¿cuál es la naturaleza del mal?— supongo que lo habría hecho de todos modos y que habría informado sobre el juicio en cuanto a los hechos. La alternativa habría sido incorporar todo lo que aprendí allí a mi trabajo teórico, que, por desdichado, está más allá de todo peligro, pues aquellos que se oponen a mí nunca lo han leído.

4. *¿Considera posible que la palabra banalidad pueda haber ofendido a algunos lectores, o que les haya transmitido una impresión equivocada, haciéndoles saltar a la conclusión de que tal vez usted considera que sus sufrimientos son banales?*

5. *La palabra banal significa, esencialmente, lugar común. ¿Cree usted posible que el subtítulo haya resonado de un modo demasiado general y excesivo? Es verdad que el mal se convirtió en un lugar común bajo los nazis, pero ¿acaso su empleo de la palabra banalidad parece, al menos a algunos lectores, implicar que el mal era banal y un lugar común en todas partes? Yo sé lo que usted quiere decir con esa palabra, y usted sabe lo que quería decir con esa palabra; sin embargo, ¿qué ocurre con la impresión creada antes de leer el libro?*

4 y 5. La pregunta acerca de por qué aquellos que leyendo la expresión "banalidad del mal" saltan a la conclusión de que "sus sufrimientos son banales" es algo que me sobrepasa. Solamente puedo contestar con otra pregunta: ¿por qué no saben leer?

Espero que no le moleste la broma. Como nunca había escrito para públicos numerosos no sabía qué podía pasar. Usted equipara "banal" con "lugar común", y me temo que tiene el diccionario a su lado. Para mí existe una diferencia muy importante: el lugar común es lo que sucede frecuente y comúnmente, pero algo puede ser banal incluso sin ser común. Además, tal y como está construida la frase —"banalidad del mal"— contrasta con el "mal radical" (Kant) y, de manera más popular, con la opinión generalizada de que existe algo demoníaco o grandioso en el mal de grandes proporciones, que existe incluso algo así como un poder en el mal para traer algo bueno. Mefisto, en el *Fausto*, es el *Geist der stets das Böse will und stets das Gute schafft*\*\* ; el diablo visto como el ángel caído (Lucifer) sugiere que lo mejor tiene grandes probabilidades de convertirse en lo peor; toda la filosofía de Hegel descansa sobre el "poder de la negación", de la necesidad, por ejemplo, de traer el "reino de la libertad", etc. La cuestión surgió en el juicio por medio de Servatius (el abogado defensor de Eichmann), por supuesto en el nivel más vulgar. Pero el problema es que el sionismo europeo (¡en contra de las ideas sostenidas por los sionistas estadounidenses!) a menudo ha pensado y ha afirmado que el mal del antisemitismo era necesario para el bien del pueblo judío. En palabras de un sionista bien conocido, en una carta dirigida a mí en

\* Véanse págs. 310-311 de la edición en castellano (Alianza, Madrid, 1988 y 2004). (*N. del T.*)

\*\* "El espíritu que siempre quiere el mal y siempre hace el bien." (*N. del T.*)

la que se analiza "la argumentación sionista original: los antisemitas quieren librarse de los judíos, y el Estado judío quiere recibirlos; es una pareja perfecta". La idea de que podemos usar a nuestros enemigos para nuestra propia salvación siempre me ha parecido el "pecado original" del sionismo. Añádase a esto lo que en una ocasión me dijo un líder sionista aún más prominente, en un tono como si estuviese dando expresión a una creencia muy arraigada: "Todo *goy*\* es un antisemita"; y en ello estaba implícito: "y está bien que sea así, pues ¿de qué otro modo podríamos hacer que los judíos viniesen a Israel?". Comprenderá ahora por qué creo que ciertos elementos de la ideología sionista son muy peligrosos y deberían ser descartados por el bien de Israel.

Pero volvamos a su pregunta. Desde luego es cierto que el mal era un lugar común en la Alemania nazi y que "hubo muchos Eichmanns", tal y como reza el título de un libro alemán sobre Eichmann. Pero yo no quería decir esto. Lo que quería decir es que el mal no es *radical*, no va a las raíces (*radix*), que no tiene profundidad y que por esa misma razón resulta tan terriblemente difícil pensar sobre él, pues el pensamiento, por definición, quiere llegar a la raíz. El mal es un fenómeno de superficie, y en lugar de ser radical es meramente extremo. Resistimos al mal no dejándonos arrastrar por la superficie de las cosas, dete-

niéndonos y empezando a pensar, es decir, alcanzando otra dimensión distinta a la del horizonte de la vida diaria. En otras palabras, cuanto más superficial es alguien, mayores probabilidades hay de que ceda al mal. Una indicación de dicha superficialidad es el uso de clichés, y Eichmann, bien lo sabe Dios, era un ejemplo perfecto. Siempre que sentía la tentación de pensar por sí mismo decía: "¿Quién soy yo para juzgar si todos los que me rodean —esto es, la atmósfera en la que vivimos sin pensar— piensan que es correcto asesinar a personas inocentes?" O, por decirlo de un modo ligeramente distinto: cada vez que Eichmann intentó pensar inmediatamente le vino a la cabeza su carrera, que hasta el final fue lo más importante en su mente.

Me temo que aún no he respondido a su pregunta principal: "¿Qué hay de la impresión creada antes de que uno lea el libro?". Quizá tenga usted razón. No tengo el hábito de pensar en la "impresión" creada por lo que escribo, al menos no en el sentido que usted le atribuye aquí. Me contento con encontrar la palabra o la frase que me parece objetivamente adecuada y apropiada. Sin embargo, ¿realmente cree que hubiese importado en lo más mínimo si no hubiese habido un subtítulo? Creo que eso es una ilusión.

6. *¿Admitiría usted como permisible la idea de que Hausner, actuando, después de todo, como acusación, no tenía la obligación de comportarse según una completa equidad judicial? ¿No era su deber, como el de cualquier*

*acusación, limitarse a ganar el caso? ¿O cree usted que él fue más allá de todos los límites permisibles adoptando una presentación demasiado parcial?*

6. No solamente "admitiría como permisible la idea de que Hausner [el abogado de la acusación] no tenía la obligación de comportarse según una completa equidad judicial", sino que además yo misma lo dije: "Obviamente, el Fiscal General no está obligado a aportar evidencias que no apoyen el caso de la acusación". Pero resulta que ambos podríamos estar equivocados, al menos en cuanto al juicio de Jerusalén, cuyo procedimiento formal aún está gobernado por la ley británica. Yo recibí la siguiente corrección de parte de un abogado canadiense: "Esa afirmación ni es obvia ni constituye una descripción correcta de los cometidos de un acusador para llevar a cabo un juicio justo bajo la ley canadiense". Pasa él entonces a citar una decisión del Tribunal Supremo canadiense que afirma *inter alia* que es "el deber de la acusación proporcionar evidencia de todo hecho material conocido por la acusación, sea éste favorable para el acusado o no".

Sin embargo, parece que hay algo más: una cosa es "no comportarse con completa equidad judicial" y otra muy distinta es introducir en el proceso una enorme cantidad de material que no tiene absolutamente nada que ver con los crímenes del acusado. Durante el juicio fue el juez presidente quien de una forma más enérgica planteó objeciones a la "composición de lugar" de la

acusación, de modo que en este caso no se trató del usual tira y afloja entre la acusación y la defensa, sino entre la acusación y el juez. Muchos de los corresponsales que cubrieron el proceso se daban dolorosa cuenta de ello.

7. *¿Qué cree usted que podrían haber hecho los judíos europeos para ejercer una resistencia mayor? Probablemente usted haya leído el artículo, de Oscar Handlin, 'La resistencia judía a los nazis', en el número de noviembre de 1962 de la revista Commentary. ¿Rechaza usted ese punto de vista? (Curiosamente, él escribió este artículo antes de la aparición de su libro, y parece ser bastante clarividente al percibir que este asunto iba a ocurrir).*

8. *Si, como dice usted, los nazis mantuvieron en secreto el propósito de los transportes a los campos de exterminio, llegando al punto de disfrazar uno de sus enclaves como si fuese una estación ferroviaria, ¿no fueron los judíos más bien víctimas del engaño que de la traición de sus líderes? ¿En qué momento debieron los líderes de su comunidad haberles dicho: "¡No cooperéis más, luchad!"?*

7 y 8. La cuestión de la resistencia: en ningún lugar planteé esta cuestión, y lo que he dicho antes acerca de la "imagen" que se ha creado en torno al libro se aplica también aquí. Esa cuestión fue planteada por Hausner. Yo hablé sobre ello dos veces: en el primer capítulo, donde dije que era "estúpida y cruel", y más adelante, donde afirmé que la cuestión de Hausner "servía

\* Término hebreo para referirse, de manera general, a los gentiles o no judíos. (N. del T.)

como cortina de humo para ocultar la pregunta que no se hacía”, a saber: ¿por qué cooperaron los funcionarios judíos? La diferencia entre ambas preguntas me parece demasiado evidente como para comentarla. Nunca hubo un momento en el que “los líderes de la comunidad” hubiesen podido decir: “¡No cooperéis más, luchad!”, tal y como usted lo expresa. La resistencia, que existió pero que desempeñó un papel muy pequeño, significaba solamente: no queremos esa manera de morir, queremos morir con honor. Pero la cuestión de la cooperación es, en efecto, molesta. Ciertamente hubo un momento en el que los líderes judíos pudieron haber dicho: ya no cooperaremos más, trataremos de desaparecer. Dicho momento podría haber tenido lugar cuando, ya plenamente informados de lo que significaba la deportación, los nazis les pidieron que preparasen las listas para la deportación. Los propios nazis les facilitaron el número y las categorías de aquellos que debían ser enviados a los centros de exterminio, pero quién fue y quién tuvo una oportunidad para sobrevivir es algo que decidieron las autoridades judías. En otras palabras, aquellos que cooperaron fueron, en ese momento particular, dueños de la vida y la muerte. ¿Puede imaginar lo que eso significó en la práctica? Tome el ejemplo de Theresienstadt, donde cada detalle de la vida diaria estaba en manos de los ancianos judíos, y piense lo que le habría sucedido a un recluso si alguna vez se hubiese atrevido a cuestionar la “sabiduría” de

cualquier decisión tomada por los ancianos.

En cuanto a las justificaciones de esta política, hay muchas; las más importantes están recogidas en el informe Kastner, que apareció en Alemania. Era bastante común pensar: a) Si unos cuantos de entre nosotros deben morir, es mejor que lo decidamos nosotros y no los nazis. No estoy de acuerdo. Hubiese sido infinitamente mejor dejar que los nazis se encargasen de sus propias actividades asesinas. b) Por cien víctimas podemos salvar a mil. Esto me suena como la última versión del sacrificio humano: escoge a siete vírgenes y sacrícalas para aplacar la ira de los dioses. Bien, ésta no es mi creencia religiosa, y ciertamente no es la fe del judaísmo. Finalmente, la teoría del mal menor: prestemos ese servicio a fin de evitar que personas peores ocupen esas posiciones, hagamos cosas malas a fin de evitar lo peor. (Existen analogías con “buenas personas” que servían a los nazis en Alemania.)

La cuestión de lo que se sabía y lo que no se sabía a menudo es difícil de decidir, pero en un buen número de casos parece claro que los líderes judíos sabían lo que el pueblo judío en general ignoraba. Esto resulta especialmente cierto con respecto a Theresienstadt y a Hungría. Aquí, como en otros respectos, resulta de una importancia fundamental tener presente la distinción entre los líderes judíos, que tenían constantes tratos con los nazis y que generalmente estaban bien informados, y el pueblo judío, que ordinariamente estaba en contacto solamente con las autorida-

des judías. La decisión en Theresienstadt, por ejemplo, de no decir a la gente lo que significaban los transportes, resultó, por ejemplo, en que las personas se presentaban voluntarias a la deportación!

He respondido a sus preguntas con respecto a este particular, pero me gustaría señalar que nunca fue mi intención traer esta parte de nuestro “pasado no digerido” a la atención del público. Resultó que los *Judenräte* fueron mencionados en el juicio y yo tenía que informar sobre ello, como informé sobre todo lo demás. Dentro del contexto de mi reportaje esto no desempeña un papel prominente ni en cuanto a extensión ni en cuanto a énfasis. Ha sido exagerado más allá de toda proporción razonable.

9. *¿Acaso no colaboraron los líderes judíos con sus señores gentiles a lo largo de la diáspora, con zalamerías, con ruegos, cooperando, maniobrando? ¿No fue este método a menudo exitoso? Si los viejos métodos se habían vuelto obsoletos, ¿no fueron entonces los líderes judíos culpables, en todo caso, de una interpretación histórica errónea? ¿Podía esperarse de ellos que comprendiesen que el nazismo no era la fase final del antisemitismo, sino la primera manifestación de un nuevo mal, el completo totalitarismo ligado al genocidio?*

9. Su tesis aquí es de algún modo similar a la tesis de Hilberg. Yo no tengo una teoría propia; a fin de realizar una afirmación tendría que adentrarme en la historia judía, algo que no pretendo hacer. A bote pronto, sin embargo, diría que incluso si su tesis es correcta, se puede

aplicar solamente a las primeras fases del régimen nazi; no puede explicar de ningún modo el papel de los *Judenrät* cuando enviaban personas a la muerte.

10. *¿Acaso no pudo Eichmann, incluso desempeñando solamente el papel limitado que usted le atribuye, haber causado retrasos y confusión, bajo condiciones de guerra, en caso de que él hubiese tenido en mente salvar al menos unas pocas vidas? ¿Acaso la respuesta obvia, que no tenía tal cosa en mente, no le convierte en un monstruo susceptible de adecuarse a cualquier definición de la palabra? Su libro, por supuesto, afirma que era culpable, y comprendo cuál es su argumento, que incluso los funcionarios pueden llevar a cabo un mal inimaginable bajo el totalitarismo; sin embargo, ¿no había aquí algo más en juego, en la devoción y la dedicación de Eichmann hacia su tarea? Estoy intentando comprender por qué Musmanno estalló de ira ante su descripción de Eichmann, y por qué otros se han sentido molestos. Me encuentro con que yo acepté su explicación a un nivel intelectual, y después me sentía perturbado cada vez que usted minimizaba la importancia de Eichmann. Entonces me calmé cuando usted amplió su explicación, y volví a enfadarme otra vez cuando, más adelante, usted degradaba de nuevo a Eichmann. ¿Resulta posible que su tesis haya venido a la luz demasiado pronto, y que la reacción hubiese sido muy distinta dentro de, digamos, veinticinco años? ¿Es, en otras palabras, una cuestión de sincronización lo que se halla en el fondo de la controversia, según su opinión?*



10. No creo que Eichmann hubiese podido sabotear sus órdenes, incluso de haberlo querido. (Él hizo algo parecido en una ocasión, como ya informé.) Pero podía haber renunciado, y nada le hubiese sucedido salvo el final de su carrera. Por supuesto, él puso todo su empeño, como he dicho en numerosas ocasiones, en hacer lo que se le decía. Si su devoción a la tarea es suficiente prueba para llamarle monstruo, entonces usted debe concluir que una gran mayoría del pueblo alemán, bajo el gobierno de Hitler, fueron "monstruos". No comprendo muy bien por qué se enfadó usted tanto "cada vez que [yo] minimizaba la importancia de Eichmann". No creo haber minimizado nada, simplemente dije lo que él podía y no podía hacer, cuáles eran sus competencias y todo lo demás. La acusación, seguida después por el juicio del Tribunal Supremo (muy distinto del juicio del Tribunal de Distrito), actuaba como si Heydrich o Hitler, y no Eichmann, estuviesen en el banquillo. Esto era absurdo. Yo no "degradé a Eichmann", las pruebas lo hicieron. Cuando decidí ir a Jerusalén yo misma había estado bajo la impresión de que él había sido mucho más importante de lo que realmente era. Una de las razones de esta idea equivocada es que él siempre había estado al cargo de las negociaciones con los judíos, y, por tanto, desempeñaba en nuestra imaginación un papel mayor que el que poseyó dentro de la jerarquía nazi.

Sin duda, todos esperamos que la reacción a mi reportaje será "bastante dife-

rente [...] dentro de veinticinco años". Pero ¿quiere decir eso que es demasiado pronto para escribir y juzgar ahora? Después de todo, dieciocho años es un tiempo considerable, y, juzgando a partir de otros episodios parecidos, el peligro está en que pronto estaremos inundados por ese tipo de literatura movida por el interés y que pretende encubrir todo. Tal es, por ejemplo, el caso en Alemania con respecto a las personas del 20 de julio de 1944, que intentaron asesinar a Hitler. Pero deje que lo repita una vez más: si tal es el caso, y si mi libro junto a otros pocos, que al menos intentan decir la verdad sin ninguna otra consideración, arrojasen como resultado la producción de más mentiras de las que de otro modo verían la luz del día, ciertamente no tomaré parte en la investigación y en la escritura de la historia que ha de seguir. Yo no escribí un "libro sobre los judíos", y si hubiese querido escribir sobre el Holocausto judío, ciertamente nunca se me hubiese ocurrido comenzar con el juicio contra Eichmann.

11. *¿Considera que los judíos, en general, han aprendido algo de la experiencia con Hitler?*

11. Esta pregunta es difícil de contestar porque usted la relaciona con "los judíos en general". Sin duda la experiencia con Hitler ha tenido el más profundo impacto sobre los judíos de todo el mundo, es decir, sobre todos y cada uno de nosotros. Yo hablé en el libro sobre la reacción inmediata, y a veces he pensado que estamos asis-

tiendo a un cambio profundo en el "carácter nacional" (es decir, en la medida en que tal cosa sea posible). Pero no estoy segura; y aunque creo que es el momento apropiado para contar la verdad de los hechos, me parece que para realizar una afirmación tan grandiosa aún no ha llegado el momento. Dejemos eso para las siguientes generaciones.

12. *¿Ha apoyado su libro algún líder judío? Y, si es así, ¿quién?*

12. He recibido muchas cartas de judíos en apoyo de mi libro. En cuanto a los líderes judíos: unos pocos rabinos y el Consejo para el Judaísmo. En su mayor parte, los judíos que apoyan mi libro son como yo: judíos sin fuertes conexiones con la comunidad judía, para quienes, sin embargo, el hecho de su condición judía no les produce indiferencia. Antes de que comenzase la campaña, la reacción fue diferente. Hubo, por ejemplo, un crítico *yiddish*, creo que llamado Glattstein, que escribió una reseña favorable. Cuatro semanas después, como si nunca hubiese dicho tal cosa, escribió sobre un libro malvado escrito por una persona malvada (o algo parecido). Aún más interesante: el primer reportaje en el *Jerusalem Post* sobre los artículos en *The New Yorker* fue bastante favorable. Y el importante diario hebreo *Haaretz* pidió los derechos de publicación por entregas (imprimieron, en efecto, dos grandes secciones sin

ningún comentario negativo por parte de los editores) y una opción de compra de los derechos en hebreo para la editorial Schocken, siendo Gustav Schocken el editor y propietario de *Haaretz*. De nuevo, un repentino cambio de postura tuvo lugar.

13. *Esto último no es una pregunta, pues yo no hago tales preguntas. Solamente como información le diré que uno de los comentarios que ahora mismo circulan en los círculos judíos concernientes a usted es que se ha "convertido al catolicismo". Puesto que yo no me meto en las creencias religiosas de nadie no le voy a pedir que haga ningún comentario sobre ello. Si desease hacerlo sus indicaciones serían bienvenidas, pero yo no extraeré ninguna conclusión de un rechazo por su parte a decir algo sobre este asunto.*

13. Ya he respondido a esa pregunta antes. No hay ninguna verdad en ello. Supongo que el rumor se lanzó con la vieja esperanza: *semper aliquid adhaeret*\*

[Versión abreviada del primer capítulo de la tercera parte de *Escritos judíos*. Traducción de Miguel Cancel, Paidós, 2009.]

**Hannah Arendt** fue profesora de la New School of Research. Autora de *Los orígenes del totalitarismo*, *La condición humana* y *Sobre la revolución*.

\* "Siempre habrá alguien que lo siga." (N. del T.).